

**CONFERENCIAS**



fundación para el análisis y los estudios sociales



**INTERVENCIÓN DE ALEJANDRO MUÑOZ-ALONSO  
EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO  
*ESPAÑA EN PRIMER PLANO***

(Madrid, 4 de octubre de 2007)

Debo empezar confesando que para mí ha sido muy placentero escribir este libro sobre la política exterior de la era Aznar, que hoy presentamos ante todos Uds. Me lo he pasado bien exhumando documentos, husmeando archivos y hemerotecas y releendo los libros que podían serme útiles en esta tarea. Y también intentando después plasmar todo ello en la pantalla del ordenador de una manera coherente y legible.

Desde siempre me han gustado las cuestiones relacionadas con la política exterior española y con la política internacional en general - como muestra mi larga trayectoria de columnista y mi propia dedicación parlamentaria- y ésta ha sido una buena oportunidad para satisfacer esa afición.

Pero mucho más importante que ese disfrute, puramente personal y subjetivo, ha sido mi empeño de intentar arrojar un haz de luz y de verdad sobre uno de los aspectos más brillantes de los dos mandatos del Partido Popular que, sin embargo, en este país nuestro, corroído por la envidia y la deslealtad, ha sido objeto de los ataques más virulentos e injustos.

Desde el Gobierno socialista se ha destruido sistemáticamente la obra de aquellos gobiernos, sin que importara que, al tiempo, se echaban por tierra los intereses generales de la Nación española. El congénito sectarismo de la izquierda, poniendo a punto toda su artillería mediática, creó un demagógico clima de opinión que ha embaucado a los más ingenuos. Pocas veces se ha impuesto tan

amplia y duraderamente la patraña sobre la realidad como en este caso.

Como creo que queda bastante claro en el libro, no es verdad que Aznar rompiera discutibles consensos anteriores en política exterior ni que produjera un vuelco en nuestras relaciones internacionales. Hablamos en esas páginas de *cambio en la continuidad* porque lo que hicieron aquellos gobiernos no fue más que afrontar los mismos problemas que tradicionalmente constituyen la agenda exterior de España, pero de una manera más legítimamente ambiciosa de lo que había sido habitual. Quizás el lema podría ser la frase de Aznar que aparece en la faja del libro: “Quisimos hacer de España una de las mejores democracias del mundo”.

El “pecado” de Aznar –dicho sea con la máxima ironía- fue poner en juego todos los recursos que tiene España, que no se habían utilizado antes adecuadamente, como instrumentos de política exterior. Esos recursos que vienen dados por nuestra historia, nuestra cultura, nuestra lengua. Pero también nuestra economía. La apuesta por el euro, cuando parecía una misión imposible, fue una baza decisiva que cambió radicalmente las percepciones que se tenían de nuestro país, antes condenado al despectivamente denominado *Club Med*.

Una baza que, además, demostró algo que para Aznar y sus equipos es decisivo en el ámbito internacional: Actuar con rigor y seriedad; no hacer falsas promesas; cumplir lo acordado; no decirle en privado al interlocutor lo que quiere oír para después negarlo en público. Todos sabemos que la triste anécdota del actual Presidente

del Gobierno con el Primer Ministro francés es impensable en Aznar.

A partir de ahí, Aznar consiguió para sí y para España un prestigio y un respeto que nunca había tenido. Como él mismo dice, en los foros internacionales hay que entrar y estar, pero también actuar. Y ciertamente, España ya estaba en esos foros pero su perfil era bajo. La tesis de la “potencia media” y el propósito de hacer de España un país de turistas, cazadores y jubilados, se había concretado en aquella frase de Fernández Ordóñez: “Tenemos que hablar los quintos”. En quinto lugar y, por supuesto, sin separarse nunca de las tesis avanzadas por los grandes, aunque los intereses nacionales aconsejaran una actuación más decidida. Aznar rompió el seguidismo y colocó a España en primer plano, como hemos titulado el libro.

Ya antes de 1996 Aznar fue objeto de una tendenciosa campaña, promovida en buena medida por su antecesor, que le presentaba como incapaz de moverse con soltura en los ámbitos internacionales. Pero aquello era falso. Cuando llegó a La Moncloa, ya conocía a muchos líderes de muchos países. En poco tiempo, además, se ganó la simpatía y el apoyo de algunos otros que, ideologías aparte, habían creído inicialmente la visión descalificadora difundida aviesamente por el mismo antecesor. El canciller Kohl es un buen ejemplo al respecto.

En esa misma línea, la propaganda socialista presentaba a Aznar como un hombre que, por su carácter –decían– tendría dificultades para establecer relaciones cordiales con sus colegas. Es verdad

que, para Aznar, las relaciones exteriores no se basan en el compadreo, la charlatanería, ni en las palmaditas en la espalda. Pero en este libro creo que queda bien claro que estableció relaciones muy estrechas con muchos colegas de otros países, de diversas ideologías. También es verdad que con otros fue imposible el entendimiento, pero no fue por falta de voluntad y esfuerzo por su parte. Para Aznar, la amistad no se puede conseguir ni mantener si la contrapartida son los intereses nacionales. Hassán II y Mohamed VI son ejemplos significativos al respecto. Chirac se portó como todo el mundo sabe en el asunto Perejil y, a pesar de todo, Aznar intentó inútilmente reconducir las relaciones. Pero el de París quería en Madrid un dócil secuaz sin voluntad propia. Y a fe que no tardó en conseguirlo.

También le colocaron los socialistas a Aznar la etiqueta de antieuropeísta. Soy testigo directo de que, ya antes de llegar a la Presidencia, Aznar tenía muy clara la irrenunciable vocación europea de España. Aunque, eso sí, sin caer nunca en irrealizables ensoñaciones federalistas y, a la vez, convencido de que la UE de hoy no era ya la CEE de antaño girando en torno al famoso eje. Defendió con ahínco las posiciones alcanzadas por España cuando se las quisieron birlar, como en Ámsterdam (1997) y las hizo avanzar en Niza (2000). Y se opuso a la revisión de este último Tratado –el más ventajoso conseguido por España- hasta el mismo momento en que dejó de ser Presidente. Y nunca aceptó la idea de que Europa tuviera que ser el contrapeso de los Estados Unidos.

Tenía que ser así, en plena lógica con esa otra seña de identidad de su política exterior que fue el “nuevo atlantismo”, que incluye no

sólo una pertenencia leal, completa y sin complejos a la OTAN y unas robustas relaciones con Estados Unidos sino también la ampliación hacia el mundo iberoamericano. Aznar aprovechó, ya con Clinton, la nueva política europea de Washington. Tras las reticencias atlantistas de la Alemania socialdemócrata de Schröder y el creciente antiamericanismo francés, los Estados Unidos querían contar con socios fiables en el continente. Y tanto Clinton primero como Bush después volvieron sus ojos hacia Madrid.

Pero no voy a analizar, en esta breve intervención, los diversos aspectos de la política exterior de aquellos años. Para eso está el libro, que espero que lean y, por supuesto, critiquen en todos los aspectos que, en su opinión, lo merezcan.

No me resisto, sin embargo, a decir algo en torno a la crisis de Irak, a la que he dedicado un capítulo. Algunos piensan que es mejor no hablar mucho de aquellos acontecimientos. Yo, por el contrario, creo que ya es hora de proclamar algunas verdades, que la niebla mediática socialista ha ocultado o tergiversado. No trato de abordar la cuestión iraquí en su enorme complejidad, en la que no faltan los errores por parte americana. Para eso se han escrito y se siguen escribiendo muchos libros en los Estados Unidos. Mi propósito ha sido reflexionar sobre aquella crisis desde el punto de vista estrictamente español y mi conclusión es que Aznar hizo lo que había que hacer en interés de España. Otra cosa es que esa aludida y estruendosa niebla mediática impidiera que llegaran a la opinión pública las razones de la posición española.

En mi opinión, Aznar hizo tres cosas que respondían a tres ideas muy claras sobre aquel complejo problema:

En primer lugar, no volver la espalda a un aliado que nos había ayudado mucho y que, dada su posición de primera potencia del mundo, nos podía seguir siendo de gran utilidad. Enemistarse con Washington, por puras razones ideológicas y en contra de los auténticos intereses de España sólo cabe en la irresponsable y frívola mentalidad de quien le sucedió.

En segundo lugar, Aznar, desde el principio, decidió que España no iba a participar en la guerra y que en ningún momento se enviarían tropas de combate. Tras una inicial operación de carácter humanitario, de la que se beneficiaron muchos niños y adultos iraquíes, se envió una misión para la reconstrucción del país. Otra cosa es que la insurgencia terrorista hiciera imposible esa todavía necesaria reconstrucción de aquel atormentado país. Por supuesto, la jauría del “¡No a la guerra!” y los políticos que los azuzaban no quisieron enterarse y continuaron engañando a la opinión pública.

En tercer lugar, **Aznar se tomó en serio la legalidad internacional**, con más razón que nunca ya que España en aquellos momentos formaba parte del Consejo de Seguridad. Después de 17 resoluciones de este máximo órgano internacional, incluida la 1441, que amenazaba a Irak con “graves consecuencias” si no atendía a sus requerimientos -y que a Sadam Husein le entraron por un oído y le salieron por el otro- ¿qué otra cosa se podía hacer? La alternativa del mal llamado “frente por la paz” era clamar campanudamente por la legalidad internacional, al tiempo

que se inaplicaban las resoluciones en las que se concretaba. Ninguna novedad. Ya sabemos cómo la izquierda española se envuelve en el Estado de Derecho para luego decir que las leyes y la propia Constitución sólo se aplican cuando les parezca bien a sus socios.

De toda esta apasionante aventura exterior al servicio de España yo he sacado, sobre todo, una conclusión: Qué difícil, cuánto cuesta lograr que un país sea escuchado y respetado y que llegue a estar en primer plano, pero con qué facilidad se pierde ese rango. Hace sólo unos días, un editorial de *The Wall Street Journal* escribía que “en cuestión de días, el señor Zapatero llevó a España desde la posición de un Estado de primera línea hasta un apartado remanso, al margen de la corriente”. Muy poco después, el fortuito encuentro del mismo Zapatero con Bush, calificado irónicamente por la prensa como “la cumbre de los cuatro segundos”, venía a ratificar lo acertado de ese análisis.

Yo espero y deseo que un nuevo Gobierno presidido por Mariano Rajoy reemprenda el empeño de volver a colocar a España en ese primer plano que merece. Trabajamos ya para conseguirlo.

Pero voy a terminar estas reflexiones personales, porque está claro que si yo soy el autor del libro no soy el protagonista de este acto. Alguien ha dicho que, en el libro, le he dado sentido y argumento a la política exterior de aquellos años. Lo agradezco pero, como mucho, lo único que he hecho es encontrar y mostrar el sentido y la coherencia que la dieron el principal actor de la política exterior y su equipo. Yo, simplemente, lo narro y trato de explicarlo.

Aznar se rodeó de buenos equipos y hay que hacer justicia a sus tres ministros de Asuntos Exteriores, Abel Matutes, Josep Piqué y Ana Palacio, así como a quienes se ocupaban de política exterior en su Gabinete de Moncloa, como Ramón Gil Casares o, más tarde, Alberto Carnero.

A diferencia de su sucesor –a quien la prensa internacional ya le ha hecho un justo traje a la medida de su desinterés e incompetencia en este ámbito- Aznar entendió que la política exterior era una prioridad insoslayable. Su agenda de cumbres, viajes, visitas y encuentros, que figura al final del libro, es un buen testimonio de esa vocación internacional.

Le agradezco que haya querido presentar este libro, así como la ayuda que me han dado él mismo y mis amigos de FAES. Pero, sobre todo, como español, le agradezco el liderazgo de la etapa más brillante de la democracia española.